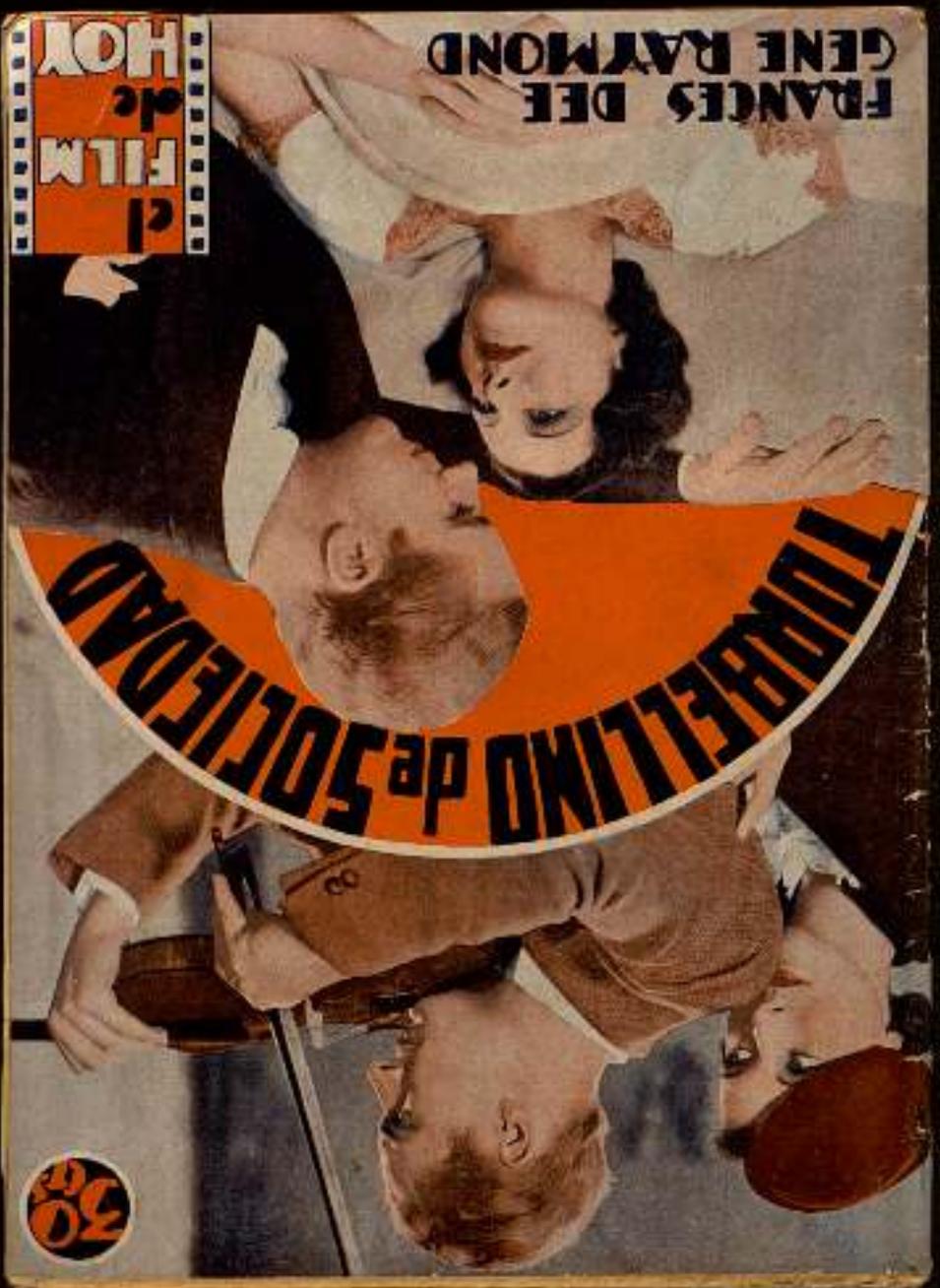


FRANCES DEE
GENE RAYMOND

el
FILM
de
HOY

TOURBILLINO de SOCIEDAD

30c



AÑO I

NÚMERO 44

EL FILM DE HOY

Publicación mensual de actualidad de películas modernas

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

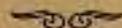
BARCELONA

TORBELLINO DE SOCIEDAD

Sentimental asunto, interpretado por FRANCES
DEE, GENE RAYMOND, ALISON SKIPWORTH,
NIOEL BRUCE y HARRY GREEN.

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

Hispano FoxFilm, S. A. E.

Valencia, 290

BARCELONA

Postal-regalos JOHNNY WEISSMULLER

Prohibida la
reproducción

IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU 135 - TELÉFONO 76507 - BARCELONA

TORBELLINO DE SOCIEDAD

Argumento de la película

La señorita Joy Stanhope era uno de los mejores partidos de Nueva York. Hija de padres millonarios, unía a su fortuna fabulosa, una gran belleza y un don exquisito de simpatía. Iba pronto a ser presentada en sociedad y los cronistas de salones auguraban con tal motivo un verdadero acontecimiento.

Joy gozaba de la amplia libertad que se acostumbra en el gran mundo americano. Su padre vivía entregado a la pasión de los deportes, especialmente del náutico, por el que sentía verdadero fervor; mamá era una diosa de los salones.

Joy tenía un amor oculto; el de un humilde violinista, que formaba parte de una de las grandes orquestas de moda y era muchacho de porvenir. Mas, un artista es poca cosa para la hija de un millonario y ocultaban aquel amor, sabiendo que no podía merecer una sanción favorable.

Era Troon, el mayordomo de la casa, espíritu noble y fiel a la señorita, quien cuidaba de entregar a ésta las cartas que el violinista le remitía, sin que se enterase mamá. Recogía de manos de los otros criados las cartas dirigidas a Joy con el pretexto de que habían de pasar por la censura maternal.

Aquel día la vieja doncella fué a despertar a la inquieta Joy, alma de torbellino, que se agitaba y vivía con una vida artificial, porque la verdadera era la del amor secreto.

—Niña, levántese... Son ya las once... Y el coche está pedido para las doce.

La joven se desesperó lentamente y se preparó a tomar el desayuno. Y de pronto, deseosa de alejar por unos momentos a la doncella, le dijo:

—Tráeme a mi perrito...

—No, señorita, ahora no tiene usted tiempo.

—Quiero que me lo traigas... Anda.

—Siempre se sale con la suya.

Y aprovechó aquel momento en que salió a buscar el animal, para telefonar, a escondidas, a su novio.

—Hole, ¡alma mía!

La voz amada sonó dulcemente:

—Tanto tiempo sin noticias...

—Es la primera ocasión que he tenido... Dime que me echas de menos.

—De menos.

—Dímelo otra vez.

—Te lo juro.

—Bueno... Viene alguien... Ya iré a verte... Adiós.

Entraba la doncella con el perro, que saltó alegremente sobre la cama.

Poco después apareció la señora Stanhope, quien, luego de besarla, le dijo con cierta severidad:

—Llegaste anoche muy tarde, Joy.

—Me entretuvieron...

—Pues es preciso que no se repita. Y además, has de ver hoy a tu padre sin falta.

—¿Pasa algo?

—Ha de darte el dinero para preparar la fiesta de tu entrada en sociedad.

—Dejámelo de mi cuenta.

—Abajo te espero.

Joy acabó de vestirse y muy alegre y muy guapa bajó al despacho de papá.

En el corredor encontró al mayordomo, a quien dijo:

—¿Tienes algo para mí?

—Una carta de él. Pero es la última vez que haré de buzón.

—Es un chico maravilloso.

—Ni los papás de usted ni yo lo conocemos... y creo que hago mal en ayudarla...

—No quiero que me dejes, ¿lo entiendes? A mí me conoces desde pequeña y sabes que soy incapaz de hacer nada malo.

Se alejó riendo; Troon entró trayendo el desayuno para el señor Stanhope: unos riñones saltados, su plato favorito.

Tenía una fotografía en la mano y dijo a Troon el millonario:

—¿Quieres ver el retrato de una belleza?

—Con mucho gusto.

—Cuesta un Potosí, pero...

Llegó Joy, saltó alegremente a los brazos de papá.

—¿Cómo está tu nuevo amor? — le dijo ella.

—¡Míralo!

—¡Qué maravilla!

El nuevo amor de Stanhope no era más que un yate de líneas soberanas.

—Le tengo celos, papá, te lo aseguro...

Stanhope sonrió, adivinando a qué venían aquellas cálidas demostraciones de ella.

—¿Cuánto quieres esta vez, pícara?

—¡Ah! un poco fuerte... Debo debutar en sociedad y tengo que dar una recepción.

—Algo de eso me dijo tu mamá.

—Papá, eres un ángel... ¿Qué orgullosa voy a estar de ti el día de la recepción! ¡Te quiero tanto!

—¿Cuánto? ¿Veinte mil?

—Papá, no digas tonterías.

—¿Veinticinco mil?

—¡Para tu única hija!

Y abrió los ojos con asombro.

—¿Trece mil?

—Es poco, papá... ¿Qué iba a decir la gente?

—Bueno... Cincuenta mil... De aquí no paso... ¿Conformes?

—De acuerdo.

Y contenta de haber conseguido aquel dinero, fué a comunicárselo a mamá.

Mamá se preparaba para salir con ella y seguir los preparativos para aquella recepción que tenía que formar época. A Joy le aburría todo aquello. Con su amor callado y secreto tenía bastante para ser feliz.

—Mamá — le dijo al verla tan atareada —, ¿No crees que todo eso es una tontería?

—¿Qué quieres decir, Joy?

—¿A qué tanta ceremonia y tanto bostó? ¿No te parece?

—¿Oye, estás enferma Joy? Vamos.

Subieron al magnífico coche que las aguardaba ante la entrada principal.

Dos cronistas de sociedad corrieron a su encuentro, lápiz en ristre.

—¿Cuándo es el debut en sociedad, señorita?

—Dentro de un par de semanas.

—¿Será en un hotel o en su residencia?

Hizo la madre un gesto ambiguo y subiendo con su hija, partieron rápidamente.

—No podemos perder tiempo hablando con los reporters. Tenemos mucho que hacer.

Habían avanzado algunos metros cuando Joy advirtió:

—Mamá, quiero ir un momento a vez a una amiguita. Me espera en aquellos almacenes.

—No tardes. Te espero en casa de Miss Vanderboe a las tres.

Descendió Joy del coche y entró en el almacén, pero sabiendo a continuación tomó un taxi y se hizo conducir a casa de su novio, el violinista Hansen, el hombre que era su verdadera vida, la vida de ella vaciada en otro corazón.

Entró silenciosamente en el estudio donde el artista se recreaba arrancando notas de su violín.

—¡Hola, Sarasate!

—¡Tú, Joy!

Y se besaron con el apasionamiento de dos almas nacidas para comprenderse.

Pero tras el primer transporte, el rostro del joven artista aureolado por un nimbo de reflexión, la miró con gravedad.

—¿A qué has venido?

—A admirar el paisaje... Desde la ventana, ¡qué bien se ve la ciudad!... Nueva York... tan majestuoso...

Se volvió al ver que él callaba, grave y preocupado.

—¿Estás enfadado?

—Sí. No debes venir aquí.

—¿No me perdonas?

Y se echó en sus brazos.

—Sí, mi bien — dijo rendido.

—Pues entonces, volveré. Hazte cuenta que no estoy aquí. Sigue estudiando.



—¿Estás enfadado?

Sonrió Hansen y apenas había vuelto a tocar el violín, ella corrió otra vez a acariciarlo.

—¿Me vas a besar?

—Desde luego que no.

Era su frase favorita, una frase que terminaba siempre con un largo y prolongado beso, lo que sucedió una vez más. Pero apenas cesó su caricia, Hansen la advirtió:

—En serio, Joy, no debes venir aquí.

—Nadie me vió entrar... Y eso que mi entrada en sociedad se ha anunciado y que los periodistas no me dejan vivir.

—Por eso mismo. Hay que extremar la vigilancia. Tenemos que andar con mucho tiento.

—¿Qué crimen hemos cometido, Hansen? ¿Querernos?



—¿Te pesa quererme y que te quiera?

—Es precisamente porque te idolatro por lo que no debemos estar solos aquí.

—¿Qué bien predicas?

—Tengo más edad que tú y conozco el mundo.

—Y yo te conozco a tí.

—¿Será verdad esto?

—Sí, Hansen.

—Yo no querría nunca comprometerte, amor mío...

Yo soy un hombre formal. Mis padres emigraron de Suecia sin un céntimo. Mi violín ha sido mi vida hasta que ballé... una nueva sensación. Una cosa llamada amor.

—¿Te pesa quererte y que te quiera?

—No, pero ello no es tan fácil como tú crees. Tu padre no querría a un músico cualquiera... Si yo fuese una celebridad, ya sería diferente... por eso es que practico y me afano tanto para triunfar rápidamente.

—¿Qué bueno eres!

—¿Nos veremos esta noche, Hansen?

—Hoy no. Tengo que tocar para Harry.

—Yo debía ir a una fiesta en Sands Point, pero no iré... si dejas también tú tu compromiso.

—¿Qué no voy a hacer por ti!... Pero no vengas a buscarme aquí sino en la Estación Gran Central, a las ocho... Y ahora, adiós, y déjame trabajar.

Salió sonriente volviendo al cabo de unos momentos con aire tierno y cariñoso.

—¿No se olvida usted de algo, señor Hansen?

—Nada importante, señora Hansen.

Y la besó conmovido en los labios.

* * *

La señora Gertrudis Vanderdor se titulaba a sí misma "consejera social". Su misión era la de organizar recepciones del gran mundo, escoger invitados, arreglarlo todo para que marchara a la perfección.

Aquella tarde se hallaba discutiendo con una señora acerca de una fiesta que ésta quería organizar. Por fin se pusieron de acuerdo y apenas había terminado con su cliente, cuando se presentó la señora Stanhope, quien en breves palabras expuso su deseo de que con motivo de la presentación en sociedad de su hija se celebrara una fiesta que dejara tamañitas todas las demás.

—Es preciso que acuda la crema de la sociedad. Vamos a dar la recepción en casa.

—Me parece bien... Cualquiera puede alquilar un salón de baile, en cambio, en las casas, las recepciones adquieren un "cachet" de inigualable distinción.

—Joy, mi hija, quiero que actúe la orquesta de Harry Gold.

—¿La mejor de Nueva York! Procuraremos complacerla.

—Tengo invitadas doscientas chicas y me faltan jóvenes... Necesito un centenar por lo menos.

—Hay escasez de muchachos, pero procuraremos encontrarlos.

Joy vino a buscar a mamá y tras una breve conversación, partieron ambas para ir a otras diligencias relacionadas con la recepción.

En tanto, al despacho de Harry Gold, el director de la gran orquesta, acudía Troon, el mayordomo de la casa Stanhope. Mientras hacía antesala, llegó Jimmy Wolverton, uno de los mejores partidos de la alta sociedad, muchacho archimillonario, pero temperamento estragado por los vicios, entre los que destacaba el de la bebida.

Se saludaron con cortesía y a poco, Harry hizo pasar, después de haber atendido a una amable cliente, al mayordomo Troon, que iba con una especie de maletín y cuyo rostro le era por completo desconocido.

—No tengo el gusto de conocerle; pero ¿qué desea usted?

—Soy el señor Troon — dijo orgullosamente —, y sé que tiene usted la mejor orquesta de Nueva York.

—¿Por qué na de todo el mundo? — sonrió enfático.

—Esa no es ninguna exageración.

—Bien... y acaso usted — dijo aludiendo al maletín que le pareció tenía la forma de instrumento musical.

Ustedes introducen maracas, castañuelas, tambores... yo le traigo a usted una gaita... ¿Por qué no tocarla también?

—¡Hombre, déjese de gaitas!

Pero el bueno del mayordomo, con el primitivo instrumento comenzó a emitir unos sonidos que decía imitaban la llamada del ciervo en celo.

—Tengo un gran repertorio...

—Lo oíré, otro rato, pero no ahora...

La secretaria de Harry había acudido ante la extraña sonoridad, pero a un gesto de Harry se alejó. Harry, hombre muy atento con todo el mundo, dijo a Troon:

—Me permitirá...

—Sí, ya sé que le esperan... y vamos a ir al grano, pues lo de la gaita, no fué más que un pretexto... ¿Usted tiene empleado en su orquesta a un joven llamado Hansen?

—Es mi primer violín.

—¿Qué clase de muchacho es? Soy el mayordomo del señor Stanhope y como pretendo a su hija...

—¡Ah, ya, ya!... Pues dígame al señor Stanhope que haga sus investigaciones en persona.

—No se enfade, pero he venido a verle por causa de una personita a quien quiero mucho: Joy Stanhope. Yo velo por esa señorita y como sé que tiene relaciones con Hansen, deseo saber...

—Perfectamente. Pues le aseguro que Chris Hansen es un gran músico. Y vale por cincuenta de esos parásitos de la buena sociedad. Estoy seguro de que sería un buen esposo para esa señorita.

Contento como unas Pascuas, Troon se apresuró a despedirse.

—Me ha quitado usted un gran peso de encima... Ahora continuaré recibiendo las cartas... Mi conciencia está tranquila... ¡Gracias!... ¡Gracias!

Marchó alegremente, olvidándose de la gaita, lo que Harry se apresuró a advertirle.

Poco después el gran director recibía la visita de Jimmy, que se había entretenido flirteando con la secretaria.

—¡Hola, querido! ¿Qué pasa?

—Estoy en un conflicto con una corista, Harry.

—¿Le diste palabra de casamiento?

—No... eso no... pero la muchacha me importuna ahora y...

—Ah, Jimmy, siempre el mismo! ¿Por qué no dejas en paz a las pobres chicas trabajadoras?

—No vine a recibir sermones, sino a que me ayudes.

Vete a verla en mi nombre... Y le compras un billete para un largo viaje.

— Bien, hombre. Lo haré.

— Un millón de gracias.

Salió satisfecho de haber solventado aquel conflicto y al hallarse en la antesala, se topó con la señora Stanhope y su hija Joy, a las que saludó cordialmente.

Joy no le desagradaba y la señora Stanhope alentaba aquella amistad, deseosa de convertirla en algo más tangible.

— ¡Hola! ¿Qué tal? — las saludó.

— Vamos a ver si consigo dos orquestas de Harry Gold, por el precio de una — explicó la dama — Es para la recepción, ¿sabes?

— No se olviden de invitarme...

— Haré más que eso... Acompaña a Joy a Sands Point esta noche, ¿quieres?

Joy disimuló su contrariedad.

— Mamá, quizás esté ocupado.

— No lo estoy.

— Gracias, Jimmy. Tú eres de toda confianza.

La señora Stanhope entró en el despacho de Harry y Joy se resignó a ir aquella noche con Jimmy cuya compañía detestaba en la intimidad.

— ¿De veras quieres acompañarme?

— De mil amores.

— No creas que deseo participar de tus locuras.

— ¿Llamas locuras a mi modo de ver la vida?

Joy vio avanzar hacia ellos a Chris Hansen, su novio, quien con el rostro ceñudo, por el inesperado encuentro dijo:

— ¡Oh, ustedes dispensen! Parece que estamos en la estación del ferrocarril, ¿no? — añadió con marcada ironía.

Jimmy saludó irriamente y se despidió de Joy con un apretón de manos.

— Te veré a las ocho, Joy.

A solas los dos, Joy, apesadumbrada, dijo a Hansen:

— No puedo encontrarme contigo, Hansen.

— ¿No? ¡Y yo que precisamente venía a avisar a Harry!

— ¡No sabes cuánto lo siento!

— Está bien. No importa.

— Estás disgustado, ¿verdad?

— No... sólo un poquito celoso.

— Pues sólo a ti te quiero, te lo juro, Hansen.

— ¡Lo creo, mi vida! — añadió, desapareciendo sus recelos...

A Joy la llamaron desde dentro, y tuvo que separarse de Hansen que no quiso ver a la señora Stanhope.

Intimamente llevaba un gran disgusto... un extraño disgusto... Había soñado en salir con su novia y ahora, un pretexto de sociedad, lo impedía.

* * *

La señora Vanderdoc iba de una tienda a otra y de un almacén a otro encargando cosas para la gran recepción y haciéndose en todas partes reservar una comisión crecidísima.

Aquella noche Joy, contra su voluntad, se preparaba

para ir con Jimmy a la fiesta que se daba en Sands Point.

—Nora te acompañará — le dijo su madre.

—Es mejor.

—Y ahora toma este collar de perlas.

—¡Qué bellas, mamá!

—Simbolizan las tradiciones de nuestra familia. Algún día, quizás muy pronto, harás un casamiento brillante.

—Y si no lo hiciese, ¿te apenaría mucho?

—No digas ridiculeces. Los casamientos entre gentes de distinta condición social, terminan siempre mal.

—Pero ¿y la felicidad?

—Deseo tu felicidad y por eso te hablo así.

—¿Acaso no existe una aristocracia artística... de pintores, músicos...?

—Gente intolerable, Joy. En cambio, un chico como Jimmy sería ideal.

—Pues yo quiero estar pérdidamente enamorada de mi marido y si no, no me caso.

—Hablas como una artesana.

Nerviosa tiró del hilo del collar y las perlas se desgarraron.

—¿Qué has hecho? En fin, haré que las engarcen de nuevo... Anda, déjalas... No bagas esperar a Jimmy... he oído la bocina de su auto...

Se resignó a ir con aquel muchacho estúpido e inútil.

Salió a su encuentro y él le mostró las líneas de su nuevo Rolls, flamante, maravilloso.

Subieron al coche.

—Esperemos a la doncella—le advirtió Joy.

—¿Qué falta nos hace?

—¡Jimmy!

Mas Jimmy entusiasmado, dió al coche una velocidad de escalofrío. Joy no las tenía todas consigo. Y aumentó su miedo al darse cuenta de que aquel muchacho llevaba en el estómago unas cuantas copas de más.

—No vayas tan aprisa... por Dios.

—Te dije que hacía noventa por hora y lo vas a ver...

El coche volaba... Joy temió que fuesen hacia la muerte... Con el vértigo parecía aumentar la borrachera de Jimmy, que sacando una botellita de su bolsillo, se tomó aún otros sorbos de venenoso licor.

—Por favor... No corras más. Vamos a matarnos.

La situación se agravaba. Varias veces creyó Joy que había llegado su última hora. Jimmy seguía bebicando y pronto perdería toda noción de la realidad.

La vista de un restorán a un lado del camino, sugirió a Joy la idea de parar.

—Y si descansáramos un ratito, ¿qué te parece?

Como tú quieras.

Entraron en el restorán, lujoso y magnífico. Unos criados les condujeron a un reservado situado en el piso principal... Apenas Jimmy podía subir la escalera y hubo de ser ayudado por los camareros a pesar de que les recibaba con energía.

Jimmy quiso encargarse unas copas, pero ella, muy angustiada, pidió una taza de café muy fuerte. Era preciso despejarle la cabeza a su compañero.

La borrachera de Jimmy seguía aumentando.

Pretendió abrazar a Joy con el ansia febril de los borrachos. Ella le miraba con miedo pensando qué hacer para librarse de tales peligros.

Dejóse caer Jimmy sobre un diván y llamó a su amiga.

—Ven, Joy, no seas así.

La dulce mujer se resistía, temiendo su brutalidad.

Pero de pronto el joven dejó caer sobre el diván la cabeza y quedó profundamente dormido, con el pesado sabor de la embriaguez.

Joy le miró con repugnancia y recordó unas frases de mamá: "Jimmy sería un hombre ideal". ¡Qué ironía! ¡Cuán lejos estaba su corazón de todo aquello!

Mientras se paseaba, presa de nerviosismo, por el reservado, llegaron a sus oídos los acordes de una música finísima y abriendo una galería que daba al gran salón restorán se asomó a ella.

Entró un criado con el servicio de café y al observar a Jimmy tendido sobre el diván, discretamente colocó un almohadón bajo su cabeza. Y entonces se dio cuenta de que se le había caído a Jimmy al suelo la cartera.

Hombre de pocos escrúpulos, se la guardó tranquilamente en el bolsillo.

Iba a salir cuando, apartándose de su observatorio, Joy exclamó:

—Muy buena música.

—Es la orquesta de Harry Gold — dijo incliniéndose y saliendo rápidamente.

Quedó aterrorizada. La orquesta de Harry... Y Hansen tocaba en ella. ¡Oh, si la viera allí con aquel muchacho!... ¿Qué pensaría?... Y sintió el anhelo de alejarse rápidamente de la casa...

Jimmy había despertado entretanto.

—Joy... Joy...

—¿Qué hay, Jimmy?

—¡Cómo me duele la cabeza!... Debo de haberme emborrachado...

—Toma un poco de café.

—Sí... sí...

Apareció el mayordomo con la cuenta. Jimmy la examinó y se llevó la mano al bolsillo.

—Pero ¿dónde está mi cartera? — exclamó.

—¿Tu cartera?

Buscaron por todas partes...

—Me han robado la cartera. Joy... Me la robaron mientras descansaba.

—¡Qué extraño! — dijo Joy —. Dale un cheque.



—Me han robado la cartera...

El mayordomo era hombre desconfiado y buen guardador de los intereses del restorán.

No aceptamos cheques, señor.

—Soy James Wolverton, el tercero — gritó.

Y yo Humberto, El Cuarto — repuso el maître creyéndole borracho.

—Pues si no quieren cobrar en cheque, no cobren... Vámonos, Joy.

—Ustedes no pueden marcharse así.

—¿Cómo no?

Salieron los dos, seguidos de los criados, que zarandearan rudamente a Jimmy, decididos a no dejarlo partir.

Y acababan de llegar al rellano de la escalera, cuando Hansen, que acababa de entrar, avanzó hacia ellos.

Joy le miró con angustia indecible... ¿Qué iba a pensar su novio al verla allí, con aquel borracho?

—¡Tú aquí! — dijo él, asombrado.

—Hansen... yo...

No encontraba palabras para excusarse de su conducta.

—No quieres pagar el gasto — advirtió el mayordomo.

— Y les voy a denunciar.

—Ofrecí un cheque... no me lo aceptan. Me robaron la cartera... ¿Qué voy a hacer yo? — explicó Jimmy.

Grave, dolorido, viendo roto el ídolo de su corazón, Hansen se limitó a decir:

—El cheque del señor Wolverton es bueno... Respondo de él.

—¡Ah, entonces!

Los criados se retiraron y Jimmy, tambaleándose, dirigióse hacia la salida.

El artista miró a Joy, en cuyos ojos brillaban unas lágrimas.

—Hansen, debo explicarte.

—No me expliques nada... ¿De modo que ésta era la fiesta, eh? ¡Qué tonto he sido, qué tonto! Te quería con toda el alma... Creí todo lo que me dijiste acerca de nuestro porvenir. Pero tú no querías casarte; sólo divertirme... Los de tu clase sólo piensan en el dinero. ¡Qué neco me das! ¡Os vendéis al mejor postor!

Herida por el gravísimo insulto, ella le dió un rotundo y nervioso bofetón y luego marchó hacia el coche... donde ya la esperaba Jimmy, que parecía más despejado.

Ocultando su dolor, se hizo conducir a casa. Apenas hablaron durante el camino... Se despidieron con cierta frialdad.

Joy estaba llena del recuerdo de Hansen y se daba cuenta de que no podía vivir sin él... ¿Qué iba a pensar de ella aquel hombre tan noble? Y un anhelo de pedirle



...tú no querías casarte; sólo divertirme.

perdón, de sincerarse, de resobrar el amor en peligro, le hizo tomar la determinación de ir a verlo a su casa.

Y en vez de entrar en la suya, tomó un taxi y se hizo conducir al domicilio de Hansen donde éste, desplomadas en un momento todas sus ilusiones, acababa de llegar.

—Hansen, vengo a darte una explicación...

La palabra de él fué dura como el acero.

—Vale más que te marches.

—Tienes que escucharme... Por favor...

—¿Qué me puedes decir después de lo que he visto?

—Te juro decirte la verdad... Sabes que tenía que ir con Jimmy, obligada por mamá. Pero Jimmy estaba tan borracho que le mandé hacer alto ante el restorán... De otro modo nos habríamos matado.

A pesar de los acentos sinceros que ella ponía en sus frases, Hansen tenía un gesto de incredulidad.

—Es la verdad, Hansen... Créeme.

—Quizás sí — dijo al cabo de breves instantes. —

Quizás sea como tú dices... pero no se trata de esta noche, Joy... Después de tu entrada en sociedad habrá muchos más Jimmy Wolverton... Veo claro. No nacimos el uno para el otro.

—Hansen, te quiero. Dices eso porque no quieres creerme, porque no sabes lo que es mi vida.

Y sollozaba quedamente.

Tú eres lo único real y verdadero que hay en ella, Hansen... Y nunca me has querido.

—¿Que no? ¿Que no te he querido?

Le hirieron aquellas palabras.

Ella le miraba llorando y con tanto amor, que Hansen se conmovió. Y Joy agregó con la melancolía de ver las cosas en declive:

—¿Por qué no ha de ser todo como antes, Hansen?

Había tanta dulzura y bondad en aquellas palabras que Hansen creyó de veras en ella. Y abrazándola tiernamente, olvidándolo todo, perdonándola con todo su corazón, le dijo:

—Como antes, no, Joy... mejor... Tú significas todo para mí... Te perdono con toda mi alma... Tú eres mi inspiración, en tí cifro mis esperanzas, mi éxito... Esto es lo que el amor significa.

—Hansen, ¡amor mío...!

Y se abrazaron con frenesí, cambiando besos en un ansia palpitante de verdadera reconciliación y amor.

La señora Gertrudis Vanderdoc no se daba un momento de reposo en su afán de preparar la gran fiesta de sociedad para la presentación de Joy.

Arregló todos los detalles, pactó con todos los comerciantes, exigiendo con energía la comisión. Todo estaba preparado para que, la fiesta marcara época en los anales de la buena sociedad.

Iba a tocar la orquesta de Harry Gold, y cuantos intervenían en el gran festival serían de primera categoría.

Un comerciante en flores, acompañado de varios operarios y ante la mirada un poco hostil del mayordomo Troon, arreglaba los salones llenándolos de guirnaldas de orquídeas.

El citado comerciante quiso colocar personalmente algunas de aquellas guirnaldas, pero con tal desacierto que cayó al suelo desde lo alto de la escalera. Los criados le ayudaron a incorporarse; aunque el mayordomo permaneció impassible, molesto por toda aquella gente intrusa que daba disposiciones en la casa.

Llegada que fué la noche de la recepción comenzaron a afluir los invitados, aquella legión de numerosos jóvenes contratados por la señora Vanderdoc y a los cuales se les sellaba una de las manos al entrar, para identificar en todo momento su personalidad.

Los salones estaban radiantes. Lo más elegante, lo más florido, lo que parecía más selecto, se hallaba congregado allí.

La señora Stanhope estaba nerviosa porque su marido, que se encontraba en la Florida, no había llegado aún. Venía en aeroplano precisamente para acudir a la fiesta.

—¿Se ha vestido ya la señorita? — preguntó a una doncella.

—Dentro de un instante, señora.

—Tiene que estar lista a tiempo.

—Lo estará, señora.

Pero a Joy, en el fondo, aquella fiesta tan pomposamente anunciada, le producía una inmensa tristeza. Su alma estaba ausente de ella, bañada en el recuerdo del hombre amado.

Hansen se encontraba ausente de Nueva York, en Chicago, para unos conciertos, y esa separación le producía una tristeza infinita. Le amaba con toda su alma y Joy jamás le olvidaría...

Al saber que Harry Gold, el director de la orquesta en la que Hansen prestaba sus servicios, acababa de llegar a la casa, quiso hablar con él, y por mediación de su doncella, le hizo entrar en un saloncito.

Su primera pregunta fué para el ausente, a quien ella seguía guardando un tesoro de inestimable fidelidad.

—¿Volvió ya Hansen? — preguntó anhelante.

—No... no... Tuvo un éxito inmenso en Chicago, Los críticos y la prensa le ponen por las nubes. Quizás se quede allí.

Un estremecimiento corrió como una exhalación por el cuerpo de la joven festejada.

Apenas pudo aguantar sus sollozos...

—¿Es preciso que regrese? — murmuró.

Había tal desgarradora tristeza en aquellas palabras, que el director la miró con gravedad.

—Señorita Joy, ¿qué ocurre? Confíe en mí... Cuénteme usted sus penas.

—No puedo decirlo a nadie.

—¿Por qué? Quiero ayudarla... Abratme usted su corazón. Soy un verdadero amigo.

Le miró enternecida y, entre sollozos, le contó el secreto que la aterraba... Sentía en sus entrañas las angustias de la maternidad.

Ha a ser madre, fruto de aquellos amores embriagadores y ocultos... Necesitaba que Hansen estuviera allí, a su lado, para ampararla.

Harry la contempló con emoción sintiendo un profundo deseo de ayudarla, de defenderla en todo lo que fuera posible.

—¿Por qué no se casa usted con Hansen?

—Sería la muerte de mamá... Ella no lo quiere.

—Debe quererlo... Ha de olvidar usted las tradiciones de la familia... Usted quiere a Hansen, pues cáese usted con él... Debe usted ser feliz y olvidarlo todo para casarse.

Salió Harry, dejando a la joven con cierto consuelo en el alma. Temía a sus padres, pero, dada su situación, era preciso su matrimonio con Hansen.

Stanhope llegó poco después. Venía fatigado de su viaje en avión hecho desde la Florida a causa de haber encallado su yate. Lamentaba aquella avería como si le hubiese ocurrido algo a un ser muy querido para él.

Y, en tanto, Harry se encontraba con Hansen, que acababa de llegar a la casa y que venía a despedirse de su novia, de la dulce Joy, cuyo grave secreto él ignoraba...

Cambiaron breves palabras y Hansen fué rápidamente a ver a Joy.

Una inmensa alegría se apoderó de la dulce muchacha cuando vió junto a ella al hombre que formaba toda su vida.

El, que ignoraba el estado de su novia, le dijo con un aire apasionado y tierno:

—Amor, vida mía... Voy a dar conciertos en Europa... Parto con Marika, la gran estrella de la ópera.

Joy quedó aterrada, disimuló su turbación, su secreto, no queriendo hablar para no destrozar aquel camino de éxito que se abría ante Hansen como un sendero de luz.

—Es una oportunidad única... Y cuando regrese...

Ella bajó la cabeza, verdaderamente dolorida.

—¿Cuándo regresas?

—Sí, vida mía. ¿Me esperarás? Entonces nos casaremos.

Guardó silencio.

—Es la mayor oportunidad de mi vida... Esto significa fama, fortuna, te sentirás orgulloso de mí.

—Es verdad — dijo cada vez con mayor tristeza, pero no queriendo confesar su secreto. — Seré la esposa de un gran violinista... pero ¿cuánto tiempo estarás ausente?

—Un año... y parto esta noche. Luego jamás nos volveremos a separar... Di: "Te esperaré y pensaré en ti doce veces al día y una vez entre comida y comida"...

Ella repitió como un autómata, con voz desgarrada por el sufrimiento:

—Doce veces al día y una entre comida y comida...

La abrazó con fuerza, sin poder comprender la naturaleza del sufrimiento de Joy.

—No llores, corazón mío.

Llamó discretamente al mayordomo anunciando que era preciso acabar la entrevista.

—Me están esperando... Adiós, Hansen — dijo con verdadera emoción. — ¿No me vas a besar?

—Desde luego que no.

Y acompañó su frase favorita con un beso rotundo.

Desconocedor del estado de su novia, se despidió de

ella, dispuesto a volver dentro de un año, para, una vez obtenidos sus grandes triunfos, pedir su mano y casarse con ella.

Y la dejó sin pensar en la tempestad que había en aquel corazón, abandonado en un momento penoso.

Al salir y no encontrando a Harry Gold, se dirigió al mayordomo, en quien tenía puesta gran confianza y le dijo:

—Quisiera darle un recado a Harry Gold.

—Con mucho gusto.

—Dígame que me marche para Europa esta noche. Y que ya escribiré. Y gracias por todo. Truen.

Y se fué, desecho de huir de aquel mundo de frivolidad que le caía encima y del que pensaba arrancar en breve a su novia, a su regreso de Europa.

* * *

El señor Stanhope acababa de llegar de la Florida y se dirigió a la habitación donde se encontraba Joy, que, ocultando su turbación y sus lágrimas, sonrió ante los elogios de papá.

Stanhope, su esposa y su hija, se dirigieron a los grandes salones para estrechar la mano de todos aquellos numerosos invitados, a la mayoría de los cuales no conocían, puesto que eran los elegidos por la señora Vanderdoe para amenizar la recepción.

Los Stanhope estaban radiantes ante aquel espectáculo de vida y luz que se veía por doquiera. Joy tenía que sonreír de una manera forzada adivinándose en ella a la criatura preocupada y triste.

Llegó Jimmy Wolverton y tras un pequeño incidente que tuvo en la entrada con unos delegadas de la señora Vanderdec que pretendían timbrarle la mano como si fuera un invitado de alquiler, fué a saludar a los Stanhope y bailó con Joy la primera danza.

Pero aquel baile era uno de los denominados "robados", o sea que todo joven tiene derecho a quitarle la pareja al bailar. Y Joy fué de unos brazos a otros, inconscientemente, sintiendo ganas de llorar, en aquel lugar donde todo el mundo se reía...

Al fin con Charlie, un conocido, fué al bar y pidió una copita. Descaba aturdise más y más, olvidar, no pensar en el abandono involuntario de Hansen ni en su propia situación.

Pero Jimmy fué a su encuentro y la cogió de nuevo por su cuenta, invitándola a beber unas nuevas copas de champaña... Y con las constantes libaciones, la cabeza de Joy iba perdiéndose y sus pensamientos se iban haciendo cada vez más densos, más llenos de bruma.

Entretanto el mayordomo había ido al encuentro del señor Harry Gold y le transmitió el recado de Hansen de que se marchaba para Europa.

—Pero ¿se marcha esta noche? ¿Es que se ha vuelto loco este chico? ¿Y ella le dejó marchar?... Es horrible. ¡Oh!, usted que conoce y ama bien a Joy, debe saber que Hansen no puede marcharse así, que su deber es estar con ella, ¿entiende?

Y ambos hombres se enfrascaron en una conversación intensa, enérgica, en la que palpaba un interés noble por la muchacha.

Comprendió el mayordomo que era preciso que Hansen volviera al lado de Joy, y procurando que no le vieran, salió rápidamente de la casa poniéndose el gabán y la chistera de uno de los invitados.

Mientras Joy, a causa de la bebida, parecía abstraída de todo, y miraba con cierta simpatía a Jimmy, que, excitado también por las libaciones, le proponía un plan audaz.

—¿Sabes? ¿Me gustas mucho? No siempre me siento así, pero creo que me volvería loco por ti... Estoy enamorado. ¿Has oído hablar del matrimonio? Pues mira, quisiera casarme contigo.

—¿Casarte conmigo?

Sonrió, pero un anhelo de cometer locuras aquella noche, le hizo oírle con complacencia.

—Yo he estado en todas partes — continuó diciendo Jimmy. — Lo he visto todo... lo he hecho todo... Pero nadie ha huído con una joven el día de su presentación en sociedad. Eso sería algo estupendo. ¿Te atreves? Podemos regresar en seguida.

Ella dudaba aún, pero al cabo, casi sin voluntad, en una renunciación total a todo, aceptó la idea de aquel casamiento original... Las libaciones a que se entregara le privaban la visión verdadera de las cosas.

Y aceptó y ambos sin ser vistos por nadie marcharon a casa del juez.

Troca se dirigió al barco y haciéndose pasar por el consejero de la embajada británica, consiguió poder hablar con Hansen cuando ya el buque estaba a punto de zarpar.

Le habló de la desesperación en que se encontraba Joy por su abandono y del inmenso valor que tuvo para disimular la tristeza infinita que la invadía.

Y fué tan convincente en sus palabras que consiguió que Hansen abandonara el vapor y se dirigiera de nuevo a ver a Joy para decirle que la quería con toda el alma y que por ella renunciaba hasta a la gloria.

En tanto, en los salones de los Stanhope había cundido la noticia de que habían desaparecido Joy y Jimmy

y los comentarios eran generales. Pero no tardaron los dos jóvenes en aparecer; ella, pálida y todavía inconsciente de sus actos, él, hombre caprichoso que bajo los efectos de una pasajera embriaguez, acababa de casarse, contra sus eternos propósitos de celibato.

—¡Damos el paso! — exclamó riendo a carcajadas. — Toquen la marcha nupcial.

Entre los acordes de la música llovían las felicitaciones por aquel matrimonio improvisado y los Stanhope, encantados de aquella boda, que venía a coronar sus sueños, les perdonaron de buen grado.

Joy no se daba cuenta de la realidad, sentía como un peso abrumador en la cabeza.

De pronto, apareció Hansen, quien al enterarse de la razón de todo aquel movimiento, sintió como una trágica pesadumbre en el corazón.

Y acercándose a Joy le dijo con una frialdad aterradora:

—¡Enhorabuena! Siento no haber podido ser el primero en felicitarte.

—¡Oh, Hansen! ¡Hansen!... — exclamó Joy.

Y como si volviera la lucidez a su imaginación, le miró con inmenso amor y rampió de pronto a llorar, dándose cuenta de la locura que había cometido. Pero él haciendo un gesto de infinito desprecio se alejó, con el alma abatida por aquella traición inesperada.

Al día siguiente el mayordomo informó al señor Stanhope, que se hallaba con un amigo, de que el señor Hansen quería visitarle.

—Ya dije ayer que no lo admitiese — protestó furioso.

—No cumplí con sus instrucciones... y acepto las con-

secuencias... Pero como amigo de veras de la señorita Joy le aconsejo por su bien y el de ella que lo vea. Y que trate de darse cuenta de que ella no es un yate.

La indignación de Stanhope al oír hablar así a su mayordomo, no reconoció límites, pero tuvo que reprimirla al ver entrar a Hansen que llegaba en son de paz, pues sabedor por Harry de lo verdaderamente ocu-



...sintió como una trágica pesadumbre en el corazón.

rrido, estaba seguro de que Joy le quería únicamente a él y de buena gana rompería aquel matrimonio absurdo, forjado en una locura de inconsciencia.

—Buenos días, señor. Tengo que ver a Joy.

—Imposible — respondió duramente el señor Stanhope.

—Ha sufrido un síncope. Y su marido la está cuidando.

—¿Su marido? Ese matrimonio debe ser anulado ¿se entera?

—¿Por qué?

—Usted está ciego, Joy sólo me quiere a mí. Joy ha cometido el disparate de casarse porque creyó que yo la había abandonado. Nada más.

—No puedo oír estas cosas. ¡Márchese de aquí!

—No me iré de aquí sin Joy.

¡Miserable!

Hizo ademán de abalanzarse agresivamente; pero en aquel momento apareció Jimmy, quien dando muestras de gran tristeza, dijo:

—No discutan, por favor.

—¿Tú? Pero ¿es que te estás defendiendo?

—No, pero oígame. Como esposo de Joy he estado pensándolo bien y me he dado cuenta de que sólo a él quiere. Joy tiene derecho a ser feliz. Yo no hubiese sido un buen marido. Me casé en una hora de locura; estoy arrepentido y quiero concederle la libertad.

¿Qué hacer ante aquellas palabras? Y el señor Stanhope, a tiempo que veía marchar a su yerno, se decía que era imposible luchar contra el destino y contra aquel amor ante el que se derribaban los mayores obstáculos.

* * *

Semanas después era anulado el matrimonio y Joy se casaba con Hansen... Una vida verdaderamente bella se abría para ella y su marido. Iba a nacer un hijo, iban a conocer también, pues los éxitos de Hansen aumentaban, las emociones de la gloria... Y los Stanhope acabaron por celebrar el nuevo estado de cosas, que Troon, el mayordomo, bendecía desde el fondo de su corazón.

FIN

Algunos
de 1917
2/69

027 FDH (44)

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS

TELÉF. 18841 - BARCELONA